

Había una vez un rey español que se llamaba Fernando.

El monarca reinaba sobre muchas ciudades. Una de ellas era la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de la Señora del Buen Aire. Como tenía tantos nombres, todos la llamaban Buenos Aires, que era más fácil.

Fernando vivía muy lejos, al otro lado del océano. Para saber dónde estaba Buenos Aires tenía que buscar con el dedo en la panza del globo terráqueo. Era la ciudad que estaba más abajo de todo.

Vivir tan lejos le traía muchos problemas. Si daba una orden cuando en Buenos Aires empezaba el invierno, el barco que la traía llegaba en primavera. Era imposible gobernar a tanta distancia si no había celulares, ni aviones, ni nada.

Entonces se le ocurrió una idea: nombraría a alguien para que hiciera aquí las veces de rey. ¿Cómo llamar a quien lo representaría y gobernaría en su nombre? Sencillo: vi-rey; virrey.

Por un tiempo, las cosas anduvieron lo más bien. Hasta que el rey cayó prisionero de sus vecinos, los franceses.

En la lejana Buenos Aires, el virrey se agarró la cabeza. Si el rey que lo había nombrado estaba preso, ya nadie lo obedecería.

Y los que habían nacido aquí menos que menos. Porque estaban hartos de que el rey y el virrey los trataran como si fueran inferiores. Estaban cansados de que todos los privilegios fueran para los españoles que habían nacido en Europa. Desde luego que desobedecerían al virrey.

Entonces se propusieron derrocar al virrey y formar un gobierno propio.

No fue fácil. Pasaron varios días. Los españoles europeos no querían dejar el poder. Y el pueblo reunido en la plaza insistía en nombrar sus propios representantes.

En esa plaza no había solo próceres, como esos señores que muestran los libros escolares. Tampoco

había solamente grandes. Había chicos. Algunos de ellos eran hijos de los patriotas que estaban haciendo la revolución. Se llamaban Pedro, Francisco, Pío, Remedios, Paco, María, Mariano. Chicos y chicas parecidos a vos.

Grupo Editorial Planeta



## PEDRO

SÁBADO 19 DE MAYO DE 1810

parecían fantasmas. Manchas negras que galopaban en la negrura de la noche. Siluetas de capotes con las solapas levantadas.

Hacía rato que los murciélagos dormían en sus escondrijos, cabeza abajo. Los sapos y los grillos soñaban en sus cuevas. De modo que el camino real estaba en silencio. Solo se oían los cascos de los caballos.

Pedro cabalgaba prácticamente parado sobre los estribos. Era muy de a caballo, montaba desde chiquito. Le había enseñado su padre, Juan José Castelli, que ahora galopaba a su lado, evidentemente preocupado.

Esa tarde un chasqui había llegado a la chacra de San Isidro en la que vivían. Lo requerían con urgencia: había noticias graves. El Sordo (así llamaban al virrey, porque era sordo como una tapia) quería hacer de las suyas.

–Padre, quisiera ir con usted a Buenos Aires.

–Es peligroso, Pedro.

–Ya soy grande...

El padre sonrió. Pedro había cumplido catorce años hacía apenas tres días. Decidió llevarlo, le vendría bien enterarse de las cosas de los grandes.

## EL BANDO DEL VIRREY

Llegaron a Buenos Aires a las nueve de la noche. Las calles sin luna eran una boca de lobo. A Pedro le corrió un escalofrío por la espalda.

Se dirigieron sin demora a la quinta de Rodríguez Peña, en la calle de las Tunas. Era uno de los lugares secretos donde se reunían los patriotas.

De lejos se oía el vocerío de la reunión. Los revolucionarios ya no se escondían, ni bajaban la voz.

Cuando Pedro quiso entrar detrás de su padre, alguien lo atajó ásperamente:

–¿Y a este quién le dio vela en este entierro?

–Déjelo entrar –ordenó un hombre de voz como de cañón–. Capaz que el mocito nos da una mano.

El hombre era Domingo French, el cartero único del Correo, uno de los jefes de los «chisperos». Los llamaban así por las pistolas que llevaban escondidas y que en ese entonces se disparaban a chispa.

Pedro entró al salón lleno del humo de los cigarros. Estaban todos los amigos de su padre.

–¿Y don Cornelio? –le salió al paso Alberti, que sabía que los Castelli eran vecinos de su amigo. El sacerdote no vestía sotana, como lo hacía usualmente, para evitar que lo reconocieran.

–Está al caer, padre. Antes de salir pasamos por su chacra y ya había ordenado ensillar su mejor caballo.

–Necesitamos a Cornelio –comentó Paso, que se acercó a saludar a Castelli–. Los Patricios están inquietos. Antes de salir para acá, decidieron acuartelarse a la espera de su jefe.

Cornelio Saavedra era el comandante del Cuerpo de Patricios, casi todos criollos. El regimiento lo adoraba. Adonde él fuera, todos irían.

Azcuénaga, que estaba charlando con su compadre Moreno, se acercó:

–El otro día Saavedra nos dijo que los primeros higos no estaban maduros, que había que esperar. Pero ya es tiempo, la revolución no espera.

Pedro, que todavía traía el frío de la calle, se arrimó a un brasero que daba un modesto calorcito. Enseguida reconoció a Belgrano, su tío segundo, en medio de un grupo de personas.

–... ¡y ahora nuestro grandísimo virrey nos echa este bando! –estaba diciendo, muy enojado.

–¿Qué bando, primo? –preguntó su padre.

–El que ayer hizo pregonar el Sordo.

En Buenos Aires casi nadie sabía leer ni escribir.

Algunos sabían dibujar sus firmas, lo que no era fácil con esas plumas de ganso afiladas. Los porteños, en su mayoría, se daban por contentos con trazar una cruz.

Que los vecinos no supieran leer era un problema.

El virrey disponía, por ejemplo, que los propietarios barrieran y regaran la calle que estaba delante de su casa.

○ prohibía que se jugara a las cartas en las pulperías. ○ prohibía que se portaran armas en la ciudad.

¿Cómo comunicar esas disposiciones a los vecinos si en su enorme mayoría eran analfabetos?

Pues con un pregonero, un funcionario que leía en alta voz las órdenes y los mensajes virreinales que debían conocer los ciudadanos.

Pedro los había visto varias veces, eran muy divertidos.

Se abrían las viejas y pesadas puertas de la Real Fortaleza. Entonces aparecía un escribano custodiado por dos soldados que tocaban un tambor y un pífano, una flauta chiquita que daba notas muy agudas.



Los curiosos acudían al llamado del pregonero. También se arremolinaban los chicos que andaban atorranteando en la plaza.

–¡Tres pelos! ¡Tres pelos! –gritaban correteando alrededor del pregonero. El escribano tenía una barba rala, con unos pocos pelitos. De allí el apodo.

El pregonero se ponía rojo de rabia, pero guardaba la compostura.

–Un pregonero de Su Majestad –pensaba– lee su pregón sin atender a los chiquillos maleducados.

Y, en efecto, leía el bando. Después marchaban por la ciudad y daban el mismo espectáculo en sitios concurridos, como los atrios de las iglesias, las plazas, los mercados.

Tambor, pífano, bando. Tambor, pífano, bando. Así difundía el virrey sus ocurrencias. Y, para que no hubiera duda, el pregonero dejaba una copia del bando en las puertas de las iglesias o en un árbol.

Ayer, el virrey hizo difundir un bando donde declaraba que, allá en España, el rey no la estaba pasando bien. Había caído la última ciudad que todavía resistía a los franceses.

La proclama virreinal decía más o menos así:

*A los leales y generosos pueblos del virreinato de Buenos Aires. Bla, bla, bla... en el desgraciado caso de*

*una pérdida total de la península... Bla, bla, bla... Yo tendré la gloria de gobernar por nuestro adorado monarca.*

–¿¡«La gloria»!?! –exclamaba, furioso, Belgrano–. ¿Qué? ¿No somos ya mayorcitos para gobernarnos solos? Ahora...

En ese momento entró Saavedra.

–¿Aún dirá vuestra merced que no es tiempo?

–Sí, ya es tiempo –admitió.

–¡Es hora de que el pueblo tenga voz! ¡Cabildo Abierto! –exclamaron varios a la vez.

Las discusiones seguían. Pedro estaba cansado después de la galopada. Se sentó en una silla al lado del brasero y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

## LA MISIÓN DE PEDRO

–¡¡A ver si se despierta, mocito!!

Se despertó de repente. Una manaza enorme lo estaba sacudiendo. Era aquel hombrón de la puerta. Pedro se refregó los ojos y lo contempló con admiración. El teniente coronel French era una leyenda.

El chispero lo miraba fijamente, como si escudriñara el carácter del chico. Después de un momento, habló:

–Vea, mozo...

A Pedro le gustó pasar de «mocito» a «mozo».

–Vea, mozo. El bando que hizo difundir el virrey es un insulto para los americanos. No podemos permitirlo.

French hizo una pausa.

–Tenemos una misión para usted.

–Lo que guste mandar –contestó Pedro.

–Pues queremos que vaya a los lugares donde el pregonero dejó el bando del virrey... y lo arranque.

–Nosotros no podemos hacerlo –explicó el chispero–, somos demasiado conocidos. Pensamos que lo mejor sería que lo hiciera un chico: usted.

Un hombre al que se le adivinaba la pistola a chispa debajo de la ropa tomó la palabra. Era Antonio Beruti, otro chispero.

–No queremos ocultarle que es una misión riesgosa –dijo Beruti, que era abogado–. Arrancar los bandos está penado severamente por la ley.

–¿Qué tengo que hacer? –respondió Pedro, envalentonado.

French sacó un plano de la ciudad.

–Hay que hacerlo ahora. Mañana es domingo y la gente asistirá a misa. Antes, habría que quitar el bando que el pregonero dejó en las iglesias para que no lo vean. Aquí, aquí y aquí –señaló.

–Después –añadió, mostrando la costa del río–,

habría que sacarlo de la Alameda. Los domingos a la tarde los vecinos van a pasear por allí.

## EL BANDO DESBANDADO

Buenos Aires no era demasiado grande. Alrededor de la plaza principal, habría diez cuadras habitadas, quince como mucho. Más allá, las quintas. Y el solitario puerto del Riachuelo de la Boca. Pedro no debía caminar mucho para cumplir con su misión.

Primero fue a la iglesia de San Miguel, que era la que más conocía porque detrás estaba su casa. Miró sigilosamente a un lado y al otro. No había nadie. Fue hasta la puerta donde estaba clavado el bando... Lo arrancó y salió corriendo.

En seguida se dirigió al convento de Santo Domingo. En la calle no había un alma. Pero la mansión de los Belgrano, que vivían ahí nomás, tenía un farol encendido en el frente. Aunque la luz iluminaba apenas, a Pedro le dio un poco de miedo. Arrancó el bando y se largó a toda prisa.

La iglesia de la Merced, la de San Francisco...

—¡Las dos han dado y sereno!

El sereno recorría la ciudad. Al chico se le paralizó el corazón. Echó a correr como un potrillo asustado.

Partió hacia la Alameda, el paseo frente al río flanqueado por unos pocos árboles. Le costó trabajo encontrar el bando. Ahí estaba, clavado en un ombú.

Le quedaba lo más difícil: la Recova, con las tiendas a las que acudían los esclavos porque los señores consideraban deshonroso hacer personalmente las compras.

A esas horas de la madrugada, la Recova estaba vacía. Solo quedaba en ella el olor a fritura de las comidas. Pero el edificio estaba frente a la Real Fortaleza, custodiada por dos guardias.

French le había dicho que el bando estaba en el arco central, allí donde se instalaba la horca.

Pedro dio una carrerita hasta la Recova a oscuras. Desde allí atisbó a los guardias. Llevaban el fusil al hombro. Caminaban de un lado a otro. Cuando se cruzaban, cambiaban algunas palabras, distrayéndose por un instante.

Esperó que se cruzaran. Entonces se hizo flecha. O, al menos, eso pareció. Porque, en un santiamén, llegó al arco central con el tiempo justo para arrebatarse el bando. Después se aplastó contra el muro y, prodigiosamente, no lo vieron.

Dentro de su chaqueta, el chico tenía once bandos. Pedro caminó hacia la costa del río. Y, uno a uno, los arrojó al agua. Las palabras del virrey, ahora, no eran más que papel mojado.